Relatos desde Bal Mandir y Matruchhaya

José Luis Gutiérrez Muñoz

Color en Bal Mandir

Bal Mandir está a punto de estallar de color. El mural que estamos pintando con los niños y niñas de este orfanato va muy avanzado, y nos gusta cómo está quedando. Cuando entras al orfanato, que sigue siendo un lugar sucio y gris, y de pronto llegas al patio donde estamos pintando, recibes una explosión de color y alegría, y lo bueno es que todos, mayores y niños, nos estamos contagiando de la felicidad que desprende la pintura. Además, los niños y niñas están de vacaciones, lo que ya de por sí es motivo de gozo. Pasamos muchas horas cada día con ellos, no sólo pintando, sino también jugando, cantando o bailando, por eso nuestra presencia aquí es una fiesta. Charlamos mucho con las niñas más mayores. Ellas permanecen en Bal Mandir hasta los 16 años, mientras que los niños son enviados a otro centro a los 11. Aurora, mi mujer, y los cinco alumnos que nos acompañan, se están entregando completamente; tanto, que yo sé que cuando nos tengamos que despedir de ellos, se les romperá el corazón. Yo ya pasé por ello el año pasado, y tendré que volverlo a pasar, pero no se puede hacer de otra manera, los huérfanos de Bal Mandir reclaman nuestro afecto, y nos lo devuelven multiplicado por diez, de modo que, sentimos que en la vida hemos sido correspondidos con tanto cariño por tantos niños a la vez. Hay varias niñas con diferentes discapacidades, y ellas resultan especialmente afectivas. Aunque en esta cultura no es habitual saludar con besos, a los niños y niñas de Bal Mandir, cada vez les gusta más recibirnos y despedirnos cada día con un par de besos y un abrazo, a la española. Son niñas y niños increíbles, a pesar de las durísimas condiciones de vida que soportan, y de las dramáticas circunstancias familiares que les han traído aquí, todos ellos se muestran muy comunicativos, cariñosos y amigables.

Partiendo de lo artístico, estamos tocando aspectos que no tienen una relación directa con lo puramente creativo, pero nacen como consecuencia de nuestra actividad pictórica. Por ejemplo, mañana repartiremos la ropa y el calzado que hemos comprado con los 6.500 euros que donó el Ayuntamiento de Pinto. Entre los cinco alumnos, Aurora y yo, solemos comentar las experiencias del día cada noche, y todos estamos de acuerdo en que esta es una de las labores más importantes que hemos realizado en nuestra vida.

Bal Mandir

Octubre de 2007

Dashain

En Bal Mandir muchos de los niños y niñas que se sentían desgraciados por tener que pasar el Dashain (equivalente a nuestras navidades) en el orfanato, sin siquiera recibir la visita de algún pariente, ahora se consideran afortunados por poder disfrutar de nuestra compañía. A menudo nos sorprende lo importantes que somos para ellos, pero poco a poco vamos comprendiendo que se debe a que no tienen casi nada, no sólo en lo material, sino tampoco en lo familiar o afectivo.

El miércoles pasado repartimos la ropa y el calzado que compramos con la donación del Ayuntamiento de Pinto. Los niños y niñas estaban felices. A pesar de que a muchos de ellos les venían enormes las zapatillas deportivas, se les veía contentísimos. También estrenaron pantalones, camisas, calcetines y abrigos. Aunque no hacía frío, muchos tuvieron puesto el abrigo (impermeable con forro polar por dentro) todo el día. Fue una auténtica fiesta, pero además sabemos que gracias a esta donación, el invierno será menos duro para ellos, porque ya estaban muy escasos de ropa. La difícil situación política del país está repercutiendo negativamente en las condiciones de vida de los huérfanos. Además, continúan paralizadas las adopciones, y nadie sabe cuándo se reabrirán.

No dejamos de pensar en modos de ayudar a estos menores, más allá de nuestra actividad artística en las vacaciones del Dashain. Hay tantas necesidades por atender. Queremos llevar fotocopias de los informes médicos de algunos de los niños con discapacidad, para mostrarlos a especialistas de la Facultad de Medicina de nuestra Universidad, porque tenemos la impresión de que en algunos casos se podría hacer más de lo que ya se ha hecho. Esperamos que el director del orfanato colabore con nosotros en los próximos días para conseguir copias de esos informes. También queremos buscar patrocinadores que se presten a costear los estudios de algunos de estos menores, a partir del momento en que el orfanato ya no se hace cargo de ellos. Muchos de estos niños y niñas son muy buenos estudiantes, pero no podrán continuar sus estudios si no encontramos quien les ayude.

Queremos pensar que, poco a poco, seremos capaces de ir extendiendo nuestra ayuda a estos menores, aunque somos conscientes de que para ello necesitaremos la colaboración de muchos amigos en España. Nos estamos encariñando con estos niños y niñas, y nos sentimos en la obligación de tratar de transformar su dura realidad.

Bal Mandir

Octubre de 2007

El circo

Hay días que se van volando, pero se recuerdan toda la vida. El pasado viernes fue uno de esos. Llegamos a Matruchhaya el sábado 3 de noviembre, con la ilusión de volver a trabajar con los niños y niñas que viven en este orfanato, aprovechando su periodo vacacional del Diwali, una festividad muy similar a nuestra Navidad en cuanto a su significado familiar.

Esta es la cuarta vez que acudo a Matruchhaya con un grupo de alumnos de mi Facultad de Bellas Artes, aunque en realidad yo ya he estado aquí ocho veces, porque este es el orfanato donde mi mujer y yo adoptamos a nuestras hijas Roshní y Chandrika, hace ya más de ocho años. El Ayuntamiento de Pinto viene financiando esta iniciativa desde hace tres años. Cada una de las ediciones ha ido superando a la anterior, si no en la calidad de los trabajos artísticos realizados con los niños, sí en la relación humana que establecemos con ellos. Este año lo teníamos claro desde el principio: además de trabajar, debíamos programar distintos juegos y actividades que facilitaran nuestra cohesión con la gran familia de Matruchhaya. En años anteriores habíamos pintado con los niños sobre las paredes del patio, o sobre el muro exterior del orfanato; también habíamos construido con ellos animales con papel maché, que luego pintábamos con vivos colores; por eso, este año queríamos hacer algo diferente.

Nos propusimos elaborar un títere con cada menor para, al final, hacer una representación con ellos. Pensamos que el argumento capaz de poner en común todos los trabajos, podría ser el circo. Los niños y niñas de Matruchhaya rápidamente entendieron lo que tenían que hacer, y el mismo lunes 5 de noviembre empezaron a realizar dibujos sobre ese tema. Por la tarde improvisamos un espectáculo circense que resultó divertidísimo, pero a la vez, pedimos a las monjas de Matruchhaya que nos ayudaran a buscar un circo, para ver una función con todos los niños del orfanato.

El viernes 9 de noviembre, a las 10 de la mañana, un autocar esperaba en la entrada del orfanato. No quedó ni un solo asiento libre: en total éramos sesenta. Excepto a los bebés, llevábamos a todos los menores de Matruchhaya, y algunas cuidadoras, para ayudarnos con los más pequeños y con los discapacitados. El viaje hasta Ahmedabad duró dos horas, pero se nos hizo muy corto. Los niños no pararon de cantar y reír durante todo el trayecto, se les veía felices, parecía que era la primera vez que salían de excursión. Todo lo que contemplaban a través de las ventanillas les llamaba la atención. Probablemente, la mayoría de ellos no habrían visto es su vida mucho más que el camino que conduce del orfanato a la escuela. Acróbatas, trapecistas, payasos, malabaristas, equilibristas, elefantes amaestrados, magos, caballos, y no sé cuantos números más, tuvieron embelesados a los niños de Matruchhaya

durante tres horas. Nosotros disfrutamos más de la contemplación de sus caras, que del propio espectáculo. Las sesenta entradas nos costaron tan sólo tres mil rupias, unos cincuenta y cuatro euros, y el alquiler del autocar un poco más, pero mucho menos de lo que pensábamos; por lo que, de regreso al orfanato, le dijimos al conductor que parase en algún lugar donde pudiéramos comprar helados para todos. De este modo, rematamos uno de los días más bonitos de las vidas de todos los que viajamos en ese autobús.

Matruchhaya

Noviembre de 2007

Ashok

Mi mujer y yo acudimos por primera vez a Matruchhaya el 28 de diciembre de 1997. Por demoras en los distintos vuelos que nos condujeron hasta allí, llegamos ya de noche, cuando los niños dormían. Arrastrábamos un largo y complejo proceso burocrático que pretendía concluir con la adopción de una niña. Cuando supimos que al fin nuestros papeles habían sido enviados a un orfanato de la región de Gujarat, nos pusimos en contacto con su directora, quien, extrañamente, nos indicó que le gustaría conocernos antes de asignarnos un bebé. Lamentamos llegar tan tarde, porque sabíamos que ese día, el de los Santos Inocentes, tenía un significado muy especial en Matruchhaya, ya que era cuando celebraban el cumpleaños de todos sus niños y niñas. Las monjas católicas que regentaban el hospicio, habían elegido tan singular onomástica para hacer una sola fiesta de cumpleaños, dado que de la mayoría de los menores, no conocían la fecha exacta de nacimiento.

La mañana siguiente, guiados por la directora, iniciamos la visita al orfanato, empezando por la sala de los bebés, entre los que llamaba la atención un niño guapísimo de unos dos años, que nos miraba con sus enormes ojos negros. Ese bebé se llamaba Ashok; su circunstancia era muy común: había fallecido su madre, y su padre le había llevado al orfanato, pero todavía no había firmado la renuncia. Aunque la directora no dijo nada al respecto, nosotros no podíamos evitar imaginar que quizás alguna de esas criaturas podría ser la que el destino nos tenía reservada como hija o hijo. Nos detuvimos ante cada cuna, escuchando atentamente las impresionantes historias que la monja nos relataba, las causas que habían conducido allí a cada bebé; tras lo cual, nos propuso tomar un té. Cuando nos dirigíamos hacia el comedor, una niña de unos diez años de edad, que no sé de dónde salió, aprovechó que yo caminaba un tanto rezagado, para agarrarme del brazo y preguntarme ¿tú mi papá?

Me quedé mudo. Me uní rápidamente a las que me precedían, y les conté el extraño suceso. –Esa debe ser Chandrika –dijo la directora, que no pareció extrañarse. –Tiene una hermana mayor que ella, y efectivamente el padre acaba de firmar la renuncia, luego se las puede adoptar, pero son muy mayores para vosotros.

No sólo eso, sino que además eran dos, y nosotros habíamos expresado en todos los papeles que deseábamos adoptar a una sola, y tan pequeña como fuera posible. Cuando salimos al patio para conocer al resto de los menores, ya sin la monja, allí estaba esa misteriosa niña; nos sonrió, se acercó a nosotros y nos dio un beso de bienvenida. Después nos condujo hasta donde jugaban varias niñas y nos presentó a la que supusimos que sería su hermana, una guapísima niña llamada Roshní. También ella nos obsequió con una hermosa sonrisa y unos besos, pero inmediatamente continuó jugando con las otras niñas. En cambió, Chandrika no se separó de nosotros ni un instante.

La siguiente noche la pasamos en vela. Demasiadas emociones en un solo día. Nos habíamos enamorado de esas dos preciosas hermanas, pero sabíamos que no podíamos tomar una decisión tan importante a la ligera; no obstante, antes del amanecer ya lo teníamos claro: deseábamos adoptar a Roshní y a Chandrika, y así se lo comunicamos durante el desayuno a la directora del orfanato. Ella dijo que no, que eran muy mayores para nosotros, pero en los siguientes días, mi mujer y yo nos mantuvimos firmes en nuestra decisión, tratando de no resultar excesivamente insistentes. Una vez al día, sólo una, reiterábamos a la monja nuestro deseo, aunque siempre obteníamos la negativa por respuesta. A su vez, Chandrika, una vez al día preguntaba eso de ¿tú mi papá? o ¿tú mi mamá? No podíamos dar la respuesta que ansiábamos, mientras no cambiara de opinión la que gobernaba la casa. Nos despedimos de nuestras niñas el día de Reyes, y a las monjas les dijimos que, si no nos permitían adoptar a esas dos hermanas, tampoco queríamos ningún bebé.

Desde España seguimos insistiendo por teléfono, una vez a la semana, hasta que por fin, hacia finales de febrero, la directora de Matruchhaya accedió a asignarnos a Roshní y Chandrika. Inmediatamente sentimos la necesidad de acudir de nuevo a Matruchhaya para dar el sí definitivo a nuestras hijas. Aprovechamos el periodo vacacional de Semana Santa de 1998 para ello. Nos recibieron con besos y abrazos, pero lo que más nos asombró es que ya nos llamaban papá y mamá.

Uno de esos días, vimos aparecer en el patio de recreo a Ashok. Lo reconocimos inmediatamente: era el niño de enormes ojos negros que habíamos conocido en nuestra primera visita al cuarto de los bebés. Esa expresión alegre que nos cautivó el día que le

conocimos, había desaparecido de su rostro para dejar paso a un gesto de miedo, desorientación e inseguridad. De no ser porque habían transcurrido poco más de tres meses, y sus enormes ojos negros le delataban, hubiéramos jurado que se trataba de otro niño diferente. Estaba desconcertado, se movía lentamente y con torpeza, y miraba a un y otro lado con verdadero asombro. Iba descalzo, como todos los demás, pero sus pies aún no estaban acostumbrados al suelo de arena del patio, y parecía que le molestasen las piedrecillas. Con un imperdible, llevaba prendido a su camiseta un pañuelo, algo que ya habíamos visto en otros chiquitines, y que servía para que cualquiera, monja u otras niñas mayores, pudieran sonarles los mocos utilizando un pañuelo diferente para cada niño.

Era natural su desconcierto, pues nos dijeron que ése era su primer día fuera de la sala de los bebés, lo que significaba que había pasado de la cuna al patio sin transición de acondicionamiento. En un solo día había dejado de ser el mayor de su sala, para pasar a ser el más pequeño del patio. Entonces en Matruchhaya, e imagino que en el resto de orfanatos pasaría lo mismo, los bebés permanecían en su cuna hasta que tenían edad suficiente para valerse por sí mismos en las distintas dependencias de la casa utilizadas por los niños mayores. Ahora tienen más cuidadoras, y sacan casi todos los días a los bebés al patio, a una hora en la que no están los mayores. En nuestro país, a través de varios sobrinos, ya habíamos conocido el proceso que lleva a un bebé a aprender a caminar. Primero gatean, ante la emocionada y atenta mirada de los padres, luego, cuando ya tienen un año, más o menos, empiezan a dar los primeros pasos, agarrados al principio por sus progenitores y posteriormente, poco a poco, por sí mismos. Todo en el entorno del bebé estimula y favorece ese proceso de aprendizaje, de modo que, si pasa del año de edad y no intenta echar sus primeros pasitos, los padres empiezan a preocuparse por el retraso. Pero en los orfanatos que hemos conocido, eso sería inviable. Haría falta una persona por cada bebé para estimular dicho aprendizaje, y normalmente las cuidadoras tienen que atender cuestiones más perentorias. Era mejor esperar a que la musculatura de las piernas estuviera suficientemente madura como para tenerse en pie y caminar sin necesidad de ayuda.

Algunos grandullones pasaron corriendo al lado de Ashok, que permanecía parado, absorto ante el nuevo escenario, le rozaron en una de sus carreras, y Ashok cayó de culo al suelo y, pese a que no debió hacerse daño, empezó a llorar como reclamando la atención de alguien. Mi mujer se apresuró a cogerlo en brazos, e inmediatamente Ashok cesó en su llanto. Allí se encontraba a gusto. Cada vez que mi mujer le volvía a dejar en el suelo, Ashok retomaba su llanto hasta que, aburrida, mi mujer decidió dejar de prestarle atención y él, ante lo inútil del

esfuerzo paró de llorar y empezó a explorar con sumo cuidado el espacio que se abría ante sus ojos, en el que los demás niños y niñas parecían divertirse.

Más tarde fuimos a nuestra habitación, en busca de la cámara fotográfica para retratar a los niños en su área de esparcimiento. Cuando vieron la máquina se formó un gran alboroto. Todos querían ser retratados, y se empujaban unos a otros para salir en la foto. Yo me esforzaba en poner un poco de orden; trataba de hacerles entender que les retrataríamos a todos, individualmente o en grupo, pero ninguno se conformaba con una sola fotografía: deseaban salir en todas. Aquello era agobiante. Definitivamente no había sido buena idea sacar la cámara fotográfica al patio.

Mi mujer intentaba obtener una instantánea de grupo en la que entrase el mayor número de niños posible. Cuando se colocaron, Aurora dio un paso hacia atrás para abrir el campo de visión. Ninguno de los dos nos dimos cuenta de que el pequeño Ashok se había acercado a ella por la espalda, e involuntariamente le dio un tremendo pisotón con los zapatones de suela gruesa, en su pequeño pie descalzo. Ashok dio un pequeño grito lastimero, y de inmediato mi mujer le cogió en brazos y comprobó que le había dañado el dedo gordo del pie, y le salía sangre bajo la uña. Aurora se sintió fatal. Nos llevamos al niño adentro y, con el material que nos proporcionó una monja, le limpiamos la herida, se la curamos y le pusimos una pequeña venda que le protegiera de posibles infecciones. El pequeño Ashok pasó el resto de la mañana, hasta la hora de comer, en los brazos de mi esposa.

Aquello era un verdadero chantaje emocional, pues cada vez que mi mujer intentaba dejarle en el suelo, él le señalaba el dedo herido del pie con expresión de pena. Suerte que a la hora de la comida se lo llevaron sin ninguna protesta, pues ya debía de tener hambre. No le volvimos a ver hasta la mañana siguiente. Afortunadamente, parecía que ya se había olvidado por completo del lamentable accidente. Ya no llevaba la venda que le habíamos puesto, y caminaba sin ninguna molestia. Nos acercamos para contemplar la herida de cerca, y sólo quedaban restos de la mercromina que le habíamos aplicado. Además, afortunadamente ya había perdido interés por mi mujer, y ahora jugaba con otras niñas y niños. En muy poco tiempo se había adaptado a su nuevo hábitat, y parecía disfrutar de él.

Los meses pasaban y la sentencia judicial que nos permitiera llevar con nosotros a España a nuestras niñas no llegaba, por eso volvimos a viajar a Matruchhaya en las navidades de 1998. Esa vez sí llegamos a tiempo para asistir a la fiesta de los Santos Inocentes. También estas fueron unas navidades muy especiales, en compañía de nuestras hijas, y de todos los niños y niñas de Matruchhaya a los que ya queríamos como parte de nuestra familia. El proceso

concluyó en junio de 1999, y volvimos a Matruchhaya para recoger a nuestras hijas, aunque en el momento de despedirnos, ya sabíamos que seguiríamos ligados a aquel lugar de por vida.
Yo regresé a Matruchhaya en navidades de 2004, con un grupo de alumnos de la Facultad de Bellas Artes de la Universidad Complutense de Madrid, en donde doy clases de escultura. Había presentado a mi universidad un proyecto de cooperación al desarrollo que consistía en realizar actividades artísticas con los niños y niñas del orfanato, aprovechando ese periodo vacacional. La experiencia fue formidable para los menores de Matruchhaya, también para mis alumnos, y para mí mismo. El año siguiente propuse al madrileño Ayuntamiento de Pinto, repetir la experiencia, con cuatro alumnos diferentes; esta vez, no durante las navidades, sino durante el periodo vacacional indio del Diwali, hacia el mes de noviembre. Gracias a la colaboración del Ayuntamiento de Pinto, ésta es la cuarta vez que acudo a Matruchhaya con alumnos de mi Facultad para trabajar con sus menores. Mis hijas, que ya tienen veinte y veintiún años de edad, después de ver las numerosas fotografías que llevaba tras cada proyecto, sintieron deseos de regresar a su orfanato. Por eso han pasado los meses de julio y agosto de los dos últimos veranos trabajando como voluntarias en Matruchhaya.
Ashok sigue aquí, en Matruchhaya, el otro día cumplió trece años, (96) aunque no hubo ningún tipo de celebración. En dos ocasiones ha estado a punto de salir en adopción, la última muy recientemente, pero ambos intentos han resultado fallidos. Su padre firmó la renuncia cuando Ashok tenía siete u ocho años de edad, e inmediatamente las monjas intentaron buscarle acomodo en alguna familia. Primero lo ofrecieron a las parejas que tenían su expediente en Matruchhaya, pero a todas les pareció demasiado mayor; tras lo cual, se lo ofrecieron a varias mujeres solteras, también con expediente de adopción en Matruchhaya. En este orfanato dan prioridad a las parejas, pero piensan que, cuando no encuentran un matrimonio para alguno de sus menores, siempre será mejor vivir con una madre soltera que en el orfanato.
Una de esas mujeres solteras aceptó el ofrecimiento, y firmó la preasignación de Ashok, tras lo cual, se puso en marcha toda la maquinaria burocrática en India, que finaliza con la sentencia del juez que concede la tutela del menor al solicitante, el pasaporte y el visado de entrada en el país del adoptante, para ya allí formalizar la adopción plena. La futura madre de Ashok se desplazó hasta Matruchhaya, acompañada de una amiga, cuando todos esos trámites estaban concluidos. Llegó con regalos para su hijo, y el propio Ashok ya la llamaba mamá, pero el segundo día, nadie sabe por qué, la presunta madre se presentó en el despacho de la directora de Matruchhaya, y llorando afirmó que no podía llevarse a ese niño. Cuando la monja le exigió una aclaración, simplemente dijo que se había dado cuenta de que la convivencia con Ashok

sería inviable, y si se obligara a ello, terminaría pegando al niño, y no deseaba que eso ocurriese.

–Pero ¿por qué? Si Ashok es un bendito, nunca discute, nunca se enfada –dijo la monja.

–Es un presentimiento –se limitó a decir la señora, y la directora de Matruchhaya renunció a pedir más explicaciones.

Ese desgraciado incidente dejó hundido a Ashok, de hecho, cuando llegué a Matruchhaya con mis alumnos, en navidades de 2004, Ashok estaba deprimido, no sonreía, ni participaba de las actividades que organizábamos para los niños. Afortunadamente el tiempo lo cura todo, y el año siguiente encontré a Ashok más animado, aunque las consecuencias de aquel rechazo seguramente perduraban en lo anímico, y lo peor, mantenían su caso atascado en la corte de justicia, pues hacía falta una nueva sentencia judicial que retirase la tutela concedida a aquella mujer, y dejase nuevamente a Ashok en disposición de ser adoptado.

En 2006, ese escollo ya había sido salvado, ahora faltaba encontrar quien se prestara a adoptar a un niño que ya andaba por los doce años de edad. El pasado verano, una profesora de la Universidad italiana de Siena contactó conmigo a través de mi correo electrónico. La mujer había buscado información de Matruchhaya en Internet, y había encontrado un artículo, en una publicación digital que hablaba de nuestro último trabajo en el orfanato. Me explicó que había iniciado los trámites para adoptar a un niño mayor de Matruchhaya. Fue una alegría saber que el niño en cuestión era Ashok.

Hacía poco menos de un año que habían salido en adopción, precisamente a Italia, dos hermanos, Deepak y Veronika, de diecisiete y dieciséis años de edad respectivamente. Fue un caso singular, por la avanzada edad de los niños, de hecho las autoridades se mostraron reticentes ante esta adopción, pero finalmente accedieron por el beneficio de los niños. Veronika se adaptó perfectamente a la vida con sus nuevos padres, pero Deepak pronto manifestó su inconformidad con la familia que le había tocado en suerte. Ningún mediador fue capaz de salvar las diferencias, y finalmente la propia agencia de adopción italiana facilitó la emancipación del niño en cuanto llegó a su mayoría de edad. Por supuesto, de todo lo relacionado con la adaptación de los menores en su nueva familia, reciben cumplida información tanto el orfanato como las autoridades indias de adopción. Las parejas que hemos adoptado en India sabemos que, durante varios años, estamos obligados a enviar un informes de seguimiento de la adopción. El fracaso en la adaptación de Deepak condujo a las autoridades de Gujarat a fijar los once años como edad límite, y esa fue la razón por la que

Ashok nuevamente se quedó en puertas de ser adoptado. En esta ocasión, afortunadamente el niño no sabía nada de esta pareja que estaba totalmente dispuesta a integrarle en su familia. La directora de Matruchhaya me dice, con resignación y tristeza, que tal vez el destino de algunas personas está escrito con antelación, y por más que intentamos dirigirlo en otra dirección, resulta imposible.

Matruchhaya

Noviembre de 2007

Shusma

Shusma es una niña de diez años. Desde hace tiempo vive en Matruchhaya, junto con su hermana Mitava, de unos siete años, y más de setenta niños y niñas que, por distintas circunstancias, han ido a parar a este orfanato. Ayer mismo, la policía trajo a un recién nacido que habían encontrado abandonado en una estación de tren de un pueblo cercano. Shusma y Mitava no son huérfanas, tienen padre y madre, pero son tan pobres, que se vieron en la obligación de llevar a sus hijas al orfanato, porque ni siquiera tenían para darles de comer. En Matruchhaya están bien atendidas y escolarizadas, y sus padres pueden visitarlas cuando lo desean. Shusma y Mitava son guapísimas, pero además sus rostros reflejan alegría, siempre que cruzan sus miradas con alguno de nosotros, sonríen. Su conocimiento de inglés es tan limitado como el nuestro de gujarati, a pesar de lo cual, nos entendemos bien, tanto con ellas, como con todos los demás. Recurrimos mucho a los gestos, y a menudo buscamos la mediación de alguna niña mayor que traduzca del inglés al gujarati.

El otro día estábamos en el patio, trabajando los títeres, y Shusma, que estaba a mi lado, señaló a Laura, una de las estudiantes de mi Facultad que forma parte del grupo y dijo: "student?", yo le dije "yes"; luego señaló a Arturo, y yo volví a afirmar; a continuación me señaló a mí y dijo: "professor?", a lo que respondí con un sencillo "yes". Shusma soltó una carcajada, al tiempo que me daba un pequeño cachete en la mejilla, y sin parar de reír soltó una retahíla en gujarati. Aunque no comprendí ni una palabra, por el tono de su voz, por su risa, y por la posición de la mano abierta, con la palma hacia arriba, colocada cerca de mi cabeza, en un gesto muy indio, imaginé que estaba diciendo "anda ya, majadero, si tú eres profesor, yo soy ministra de educación". Yo simplemente sonreí, y me encogí de hombros, como diciendo "allá tú, si no te lo quieres creer, no te lo creas". Entonces Shusma se rió con más fuerza, y me volvió a dar un cariñoso y burlón cachete en la mejilla.

Esa tarde me dio por pensar qué habría en mí que a los ojos de Shusma hiciera inverosímil mi condición de profesor. Al principio, ingenuamente pensé que tal vez Shusma me veía muy joven para ser profesor, pero luego calculé que mi edad podría duplicar a la de mis alumnos universitarios, y tratando de ser realista, me convencí de que no era mi aspecto juvenil lo que hacía dudar a la niña. Durante los diez días que llevamos aquí, hemos tenido una convivencia muy intensa con todos los habitantes de Matruchhaya. Además, a la mayoría de ellos ya les conocía de años anteriores, también a Shusma, y debe de ser precisamente esa familiaridad en el trato, lo que no encaja con lo que Shusma entiende por profesor.

Matruchhaya

Noviembre de 2007

Joty

Ayer por la tarde, cuando regresaba caminando hacia Matruchhaya, desde el locutorio telefónico que se encuentra a no más de quinientos metros del orfanato, una chica que se dirigía en bicicleta hacia el poblado chabolista, justo a continuación del orfanato, detuvo su pedalear y se puso a caminar a mi lado. La amabilidad de la gente de aquí hace habitual este tipo de situaciones, por eso no me sorprendí; pero pronto me di cuenta de que la cara de esa chica me resultaba familiar.

Frecuentemente paseamos por el poblado chabolista de las inmediaciones de Matruchhaya. Aunque también hay alguna casa de ladrillos, la mayoría son construcciones precarias, hechas con cualquier cosa que sirva para cerrar el diminuto espacio que constituye la vivienda: plásticos, uralita, tablones, telas, puertas viejas, cartones o chapas oxidadas. En casi todos los casos el suelo es de tierra prensada, y el interior suele estar ocupado únicamente por uno o dos camastros, compuestos simplemente por cuatro patas, cuatro travesaños, y cuerda trenzada en diagonal entre los listones, para crear una tensa red que sirve de somier y colchón a un tiempo. Los catres generalmente están de canto, y si no llueve, preferiblemente fuera de la casa, para dejar espacio libre en el reducido habitáculo, que sirve de dormitorio, comedor y cocina a la vez.

Las chabolas apenas albergaban otros enseres, algún cacharro de cocina a lo más, y no tienen más ventilación que la entrada, generalmente sin puerta, a lo sumo un trapo recogido a modo de cortina para separar el interior de la calle. Fuera o dentro del habitáculo suele haber un fuego bajo, muy tenue, casi apagado, en el que parecen estar cociendo arroz, o hirviendo leche. Solo algunas tienen electricidad, pero todas carecen de cloaca y de agua corriente, y por

supuesto, no hay ningún sistema de recogida de aguas fecales. En esos poblados existe una zona sucia, donde todos acuden a hacer sus necesidades, las mujeres antes del amanecer, y los hombres con las primeras luces del alba. El agua para beber se extrae de pozos, mediante una fuente con palanca, o con cubos. Para lavar la ropa o los cacharros de cocina se utiliza el agua de un riachuelo, e incluso el de la ciénaga que se extiende a pocos metros de las chabolas, y hace aun más insalubre el lugar, pues el agua estancada contribuye a la proliferación de mosquitos, y provoca que la incidencia del paludismo aquí sea muy alta. También Matruchhaya está al borde de este mismo pantano, y por eso mismo muchos de sus menores tienen malaria.

Cabras, vacas, búfalos, cerdos, perros, ratas, y hasta algún dromedario conviven con estas gentes, sustentándose en buena medida de la basura que arrojan a la calle. Paseando por esos callejones, uno se da cuenta de que los vecinos de Matruchhaya son realmente pobres, pese a lo cual, nunca he temido por mi seguridad ni por la de mis alumnos. Esta gente se muestra siempre amable con nosotros. Posiblemente seamos los únicos extranjeros que de vez en cuando merodean por aquí, y eso despierta mucha curiosidad en ellos. No obstante, se dice que la mayor virtud del indio, rico o pobre, es su sentido de la hospitalidad, su amabilidad con el visitante; aunque esto se desvirtúa un poco en las áreas turísticas. Afortunadamente, aquí no llega el turismo, aunque no podemos evitar sentirnos como tales, paseando con nuestras cámaras fotográficas, rodeados de una multitud de niños y niñas, que parecen nuestro comité de bienvenida.

Los habitantes de este poblado son de la casta de los intocables. Aunque oficialmente esta casta ha sido abolida, lo que realmente se ha prohibido es la denominación de intocable, que aludía precisamente a que nadie debía de tocarles, por ser impuros, al igual que tampoco ellos podían tocar a nadie de las otras castas; y ciertas restricciones que les impedían usar el mismo pozo que los demás, relacionarse con otras personas que no fueran de su casta, ir a los mismos templos que el resto de la población, o utilizar medios de transporte colectivos. Acabar con esas injusticias fue una de las luchas de Gandhi, que aceptaba la división de la sociedad en castas, pero no la intocabilidad de las castas más bajas. En cierto modo lo consiguió, al menos a un nivel puramente legal; pero la verdad es que los intocables, aunque ahora se llamen de otra manera, siguen siendo el estrato más bajo de la sociedad. Gandhi los llamaba *harijans*, "gente de Dios", pero ellos ahora rechazan esa denominación, por excesivamente paternalista, y prefieren autodenominarse *dalits* "oprimidos", para reivindicar mejorías en su situación social. Se consideraban intocables todas las castas cuyo oficio exigía contacto con los

cadáveres humanos, con cuerpos de animales muertos o con la basura, porque ello les contaminaba, les hacía impuros; pero a la vez, su marginalidad hacía que la sociedad fuese más permisiva con ellos en las normas de conducta; así era gente con menor higiene, más promiscua sexualmente, y más dados al consumo de alcohol.

También entre nuestros vecinos de las chabolas hay demasiada afición al alcohol. Muchas noches, desde mi habitación, que da hacia el poblado chabolista, oigo unas broncas descomunales. Las primeras veces me alarmaba tanto que salía a avisar a alguien, porque realmente, a juzgar por los gritos, parecía una batalla; daba la impresión de que se estaban matando, aunque a la mañana siguiente todo seguía igual, como si nada hubiese ocurrido, ni rastro de la contienda.

Recuerdo que hace dos años, en uno de nuestros paseos por el poblado, una niña de unos quince años de edad, nos pidió que fuéramos a tomar té a su casa. Declinamos la invitación, como tantas otras, pero esa niña se mostró más insistente de lo habitual. Intuyendo que yo era el jefe, me agarró del brazo y tiró de mí con fuerza hacia su casa, que se encontraba a pocos metros de allí. No pudimos oponernos. Era una humilde casa baja, de no más de quince metros cuadrados, rodeada de chabolas, pero construida con ladrillos. Dentro no había más que un camastro que nos sirvió de asiento. El padre y la madre nos saludaron cortésmente, y de inmediato la madre se retiró a un pequeño espacio que debía servir de cocina, para preparar el té. Ninguno de ellos hablaba ni entendía inglés, pero nuestra anfitriona, Joty, sí. Ella hacía de intérprete entre nosotros y su familia, que incluía, aparte de sus padres, a una hermana de unos ocho años de edad que nos miraba con mucha atención. Sus padres parecían orgullosos del nivel idiomático de su hija, que hablaba realmente bien en inglés.

Joty era morena y guapa, pero lo que más nos llamó la atención fue su enorme resolución. Nos sentó en el camastro, su padre y su hermana se sentaron en el suelo, frente a nosotros, mientras ella trataba de ayudar a su madre sin dejar de conversar con nosotros y traducir al gujarati todo lo que decíamos. Ella misma nos sirvió el té y se sentó frente a nosotros, con su familia, sin parar de hacernos preguntas acerca del motivo de nuestra estancia allí. También nosotros quisimos saber algo más de ella. Joty afirmó con seguridad, pero sin arrogancia, que le gustaba estudiar, que sacaba muy buenas notas, y que de mayor quería ser médico.

Cuando salimos de nuevo a la calle, y volvimos a ver el entorno que rodeaba la casa de Joty, pensé que todo lo que esa niña nos había dicho en cuanto a sus anhelos de futuro, pertenecía al reino de los sueños irrealizables. Recuerdo que esa noche volví a escuchar la bronca producida por algún borracho, e inmediatamente me acordé de Joty. Totalmente desvelado, me

preguntaba si esa niña realmente tendría posibilidades de ir a la universidad, por muy buena estudiante que fuese; y me dio rabia pensar en la cantidad de recursos y esfuerzos que en nuestro país gastamos los padres, también mi mujer y yo, en nuestra pretensión de que los hijos estudien, y lo infructuosos que en muchos casos resultan tales empeños. En cambio, la preciosa Joty, que lo tenía todo en contra, poseía una determinación tan extraordinaria, que probablemente podría hacer realidad su sueño, y tal vez en un futuro no muy lejano, estaría ejerciendo la medicina en algún hospital de la India, o de cualquier otra parte del mundo. Aunque quizás la realidad fuese mucho más dura, y ese no fuera más que mi cándido deseo, que en el tránsito hacia el sueño, empezaba a imaginar un mundo feliz, lleno de oportunidades, en el que las niñas inteligentes y estudiosas, con tesón, constancia y esfuerzo, podrían alcanzar su meta, sin que su procedencia, ni su situación social, supusiesen un obstáculo para ello. Al día siguiente tenía la impresión de que todo había sido un sueño, y lo cierto es que no había vuelto a ver a esa singular niña hasta ayer, a pesar de que en todos mis paseos posteriores por el poblado la buscaba siempre con la mirada.

No duró más de diez minutos nuestro encuentro, Joty debía de tener prisas, pero me sirvió para saber lo fundamental: que seguía viviendo en el mismo sitio, que su familia estaba bien, y que ella había empezado a estudiar bachillerato científico, y sus buenas notas (un 85 % de media) auguraban que efectivamente podría conseguir su objetivo de estudiar Medicina con una beca del Estado.

Matruchhaya

Noviembre de 2007

Sweta

Tras mi primer viaje a Matruchhaya con alumnos de mi Facultad, regresé a casa con infinidad de historias que contar, y cientos de fotografías, entre las que mis hijas identificaron a Sweta, la hermana mayor de Kinnari, a quien unos buenos amigos de Madrid adoptaron en Matruchhaya por la misma época en que nosotros adoptamos a Roshní y Chandrika. Ellos nos habían contado que la madre de Kinnari y Sweta, falleció después de dar a luz a Kinnari; tras lo cual, el padre entregó a la recién nacida al orfanato, y firmó la renuncia para que pudiera ser dada en adopción, pero en cambio, se quedó con Sweta, que debía de tener dos o tres años de edad. Nuestros amigos habían oído contar a alguna monja que el hombre estaba muy enamorado de su mujer, e inconscientemente hacía culpable a Kinnari de la muerte de su

esposa; pero también cabe la posibilidad, de que la diera por la dificultad que para un hombre entraña el cuidado y atención de un bebé sin renunciar a su trabajo.

Lo cierto es que la noticia de que Sweta estaba en Matruchhaya, reactivó el interés de nuestros amigos por esa niña. Varias veces, habían comunicado a las monjas su deseo de adoptar a la hermana mayor de Kinnari, en el caso de que el padre renunciase a ella.

Inmediatamente se pusieron en contacto con el orfanato, y recibieron la noticia de que, efectivamente, el padre de Sweta se había vuelto a casar, había tenido un hijo barón y, ante las continuas quejas de su nueva mujer, que no deseaba a esa niña en casa, decidió llevarla a Matruchhaya, pero todavía no había firmado la renuncia, aunque las monjas opinaban que no tardaría en hacerlo. Nuestros amigos, sabedores de que la burocracia que conlleva cualquier adopción es largísima, se adelantaron a la decisión del padre, e iniciaron todo el papeleo.

En noviembre de 2005, cuando regresé a Matruchhaya con un nuevo grupo de alumnos, Sweta ya no estaba. Las monjas me explicaron que habían presionado al padre de la niña para que tomara una determinación: dar su hija en adopción, o integrarla en su nueva familia; ante lo cual, había decidido llevarla a casa; pero la aversión que su mujer sentía hacia la niña, no cambió. En noviembre de 2006 tampoco pude ver a Sweta. Mis amigos ya habían desistido en su intento, y habían adoptado a una niña en China.

Hace unos días, al regresar a Matruchhaya me ha sorprendido encontrarme de nuevo con Sweta. Ahora tiene doce años, está muy delgada, como muchos de los niños y niñas de Matruchhaya, pero guapísima. Sweta es muy activa, alegre, comunicativa y servicial; pero además, es la única niña de Matruchhaya que tiene los ojos del mismo color que la miel. Las monjas me han contado que los problemas con su madre se fueron agravando, hasta llegar al maltrato físico, ante lo cual, en Matruchhaya han decidido hacerse cargo de ella, a sabiendas de que por su edad, aunque consiguieran la renuncia del padre, ya no podría ser dada en adopción.

Hace unos días, el padre ha venido a Matruchhaya con la intención de llevarse a Sweta a su casa para que pasara el Diwali con su familia. La directora de Matruchhaya, con gran enfado, le ha dicho que Sweta les había contado que su madre (en este caso parece más pertinente el término madrastra) la maltrataba, y que ante tales circunstancias, no estaban dispuestas a dejarle a la niña. Cuando el padre adujo que él tenía la tutela legal de Sweta, la monja le contestó que si quería llevarse a la niña de allí, tendría que acudir con la policía, y entonces ella aprovecharía para ponerle una denuncia por malos tratos. El padre se marchó sin decir nada, y hasta la fecha no hemos sabido nada de él.

Aunque su inglés es muy limitado, Sweta me ha preguntado varias veces por Kinnari. He intentado explicarle que su hermana está bien, y que, aunque no la conocen, tanto Kinnari como sus padres la quieren mucho. Hoy la he dicho que, si lo desea, puede escribir una carta y yo se la entregaría a su hermana. Me ha dicho que no sabe español, pero yo le he explicado que puede escribir en gujarati, y cualquiera de mis hijas traducirá la carta al español. De repente he sentido miedo de reabrir la herida de mis amigos, o de crear falsas expectativas en la niña, pero pronto se han desvanecido mis temores al recordar que, no hace mucho, nuestros amigos nos dijeron que ellos siempre han estado, están y estarán dispuestos a acoger a Sweta en su familia. Es la hermana de Kinnari, y para ellos esto es suficiente. Recuerdo que les pregunté qué harían si el padre nunca renunciara a ella, o lo hiciera demasiado tarde para la adopción. Entonces, los dos respondieron que, si la niña lo deseara, harían todo lo posible para tratar de llevarla a España cuando fuera mayor de edad.

Yo me siento orgulloso de tener por amigos a personas como estas, que por amor son capaces de llegar hasta las últimas consecuencias; y Sweta puede sentirse afortunada de tener alguien que, incluso sin conocerla, es capaz de abrirle las puertas de su casa de semejante manera.

Matruchhaya

Noviembre de 2007

Yacruti

Al poco de llegar a Matruchhaya he echado en falta a Yacruti.

En nuestro primer viaje al orfanato, en navidades de 1997, el segundo o tercer día de estancia, cuando nos disponíamos a entrar en nuestro cuarto, observamos que la puerta de la habitación situada frente a la nuestra estaba abierta, y la curiosidad nos empujó hacia ella. Era una sala grande, como de hospital, con seis camas, tres a cada lado, todas ellas vacías excepto una al fondo.

Nos sorprendió descubrir, sentada en una silla, junto a esa única cama ocupada, a Roshní. Nos sonrió al vernos, con esa dulzura que nos tenía encandilados. Por gestos nos invitó a pasar a la habitación, y en cuanto cruzamos el umbral, se levantó y nos dio unos besos. Al acercarnos a la cama, descubrimos a una niña de unos seis o siete años, tumbada inmóvil en la cama. Tenía los ojos abiertos. ¡Qué ojos! Nunca había visto unos ojos tan grandes, tan negros, y tan bonitos como aquellos, que inmóviles miraban hacia arriba, a un punto situado más allá del techo, posiblemente por encima del propio cielo.

La goma que entraba por uno de sus conductos nasales, no ocultaba la tremenda belleza de su rostro. Era la sonda por donde le introducían la comida totalmente triturada, porque, según supimos después, todas las veces que habían intentado darle de comer por la boca, se había atragantado, y había estado a punto de ahogarse.

Seguía absolutamente inmóvil, ni siquiera parpadeaba. Su belleza congelada, momentáneamente me recordó a la de algunas estatuas de mármol que yo había admirado; pero sin duda alguna, la hermosura de esa criatura no tenía parangón con ninguna escultura.

Preguntamos a Roshní por el nombre de aquella niña, y respondió: Yacruti.

Un brote de meningitis tuberculosa, que sólo a ella afectó, la había dejado en ese estado hacía pocos meses. En sólo un par de días, había pasado de estar jugando, bailando y corriendo con los demás niños de Matruchhaya, a esa absoluta inmovilidad. No nos asustamos al ver a Roshní junto a ella, porque la directora del orfanato nos había hablado de este lamentable hecho, y nos había dicho que ya los médicos habían levantado su aislamiento, al considerar que había desaparecido el riesgo de contagio. No obstante, nos sorprendió que Roshní estuviera allí, y no jugando en el patio de recreo con el resto de los niños.

Aurora se acercó a la imperturbable Yacruti y le dio un beso en la mejilla, acto seguido se echó a llorar. Roshní se abrazó a ella intentando consolarla. Yo también tenía ganas de llorar, pero por alguna extraña malformación fisiológica que debemos de padecer algunos hombres, no me salían las lágrimas hacia fuera. ¡Qué estúpido mecanismo lacrimal, que en situaciones como esta vierte las lágrimas hacia adentro, haciendo que se pudran y quemen interiormente como si fueran gotas de vitriolo!

Verdaderamente esas lágrimas que debieron salir naturalmente hacia el exterior, rodando por mis mejillas, y escogieron el camino interno, me abrasaron y me llenaron de rabia envenenada. Sé que no está bien, que me perdonen, pero maldije a Dios y a toda su estirpe, por permitir que esa criatura se hubiera quedado con la vida congelada, justo en el momento en que su existencia veía una luz de esperanza, cuando Yacruti había encontrado una madre que estaba arreglando los papeles para llevarla consigo a España.

La madre soltera que se había ofrecido para adoptar a Yacruti, a la que nunca llegó a conocer más que a través de una pobre fotografía que contenía la propuesta de adopción, quedó destrozada tras el súbito infortunio que dejó a la desdichada niña en estado puramente vegetativo. Según nos contó la directora de Matruchhaya, su comportamiento fue encomiable; corrió con todos los gastos médicos, e incluso se mostró dispuesta a trasladarla a España, tal vez con la esperanza de que los médicos de nuestro país pudieran hacer algo más. Finalmente,

tras realizar varias consultas, comprendió que el estado de la pequeña era irreversible. Además, la monja le dijo tajantemente que bajo ninguna circunstancia permitiría que Yacruti saliera de su casa, porque con ello únicamente conseguía trasladar el problema, y destrozar la vida a una persona que había acudido a la adopción en busca de una hija, no de un ser que le llenaría de pena hasta el último de sus días. Tampoco las autoridades indias hubieran permitido la salida de Yacruti.

No obstante, la mujer se comprometió con la monja a pasarle una asignación mensual para cubrir los gastos que el cuidado de Yacruti ocasionara; quería asegurarse de que, dentro de su desdicha, no le faltase de nada.

Llevábamos varios minutos en la habitación de Yacruti, cuando apareció una señora mayor que vestía un sari. Sonrió y nos saludó al estilo indio, juntando las palmas de las manos a la altura del pecho e inclinando ligeramente la cabeza hacia delante, al tiempo que decía *namaste.*

-*Namaste* –contestamos nosotros repitiendo su gesto reverencial.

Más tarde supimos que era la encargada de cuidar de la pequeña, pagada por la buena madre soltera. Roshní debía de estar cubriendo una ausencia momentánea de esa señora por petición suya o de alguna monja. La mujer del sari cuidaba a Yacruti primorosamente, con un cariño y una devoción que daba gusto verla; pasaba muchas horas masajeando con un poco de aceite de oliva (allí carísimo) las piernas y los brazos de la niña. En alguna ocasión, incluso vimos que la sacaba al patio donde jugaban el resto de los pequeños, y la colocaba de modo que le diera el sol. Aquella escena que presenciamos en dos o tres ocasiones era particularmente dolorosa, porque el resto de niños y niñas prestaban atención a la pobre Yacruti durante un par de minutos, alguna niña incluso le daba un beso, pese a que Yacruti no se inmutaba, pero todos ellos, sin excepción, al poco volvían a sus juegos.

Hería ver correr, saltar, cantar, bailar y reír a los que hasta hacía unos meses habían sido los compañeros de juego de Yacruti, al lado de ella, tremendamente bella, pero inmóvil, inexpresiva, petrificada, bajo la atenta mirada de su solícita cuidadora.

En nuestras siguientes visitas a Matruchhaya no apreciamos grandes cambios en Yacruti, tampoco cabía esperarlos; pero cuando regresé con mis alumnos, en navidades de 2004, sí percibí un notable deterioro físico en ella: había crecido, pero estaba más delgada, y su cuerpo, aun dentro de la inmovilidad, parecía más rígido. Además, ahora lloraba con bastante frecuencia. Era un llanto sin lágrimas, tenue, pero prolongado. La habían instalado en la primera planta, en el cuarto de los bebés, rodeada de cunas. Su cama estaba cerca de la

ventana que daba al patio de recreo, por eso, su quejido continuo se nos clavaba en el corazón mientras trabajábamos o jugábamos en el patio con el resto de los niños.
Este año, antes de preguntar por ella a las monjas, ya me temía lo peor. Efectivamente, ellas me han confirmado que Yacruti ha muerto hace unos meses. Las monjas están seguras de que ahora estará con Dios en el cielo. Yo quiero creer eso mismo; aunque también me consuela pensar que, si fuera cierta la trasmigración de las almas, Yacruti se habrá reencarnado en un cuerpo nuevo, lleno de energía y vitalidad.
Matruchhaya
Noviembre de 2007

Verónica

Conocí a Veronika en noviembre de 2005, en el segundo proyecto de las características del actual que llevaba a cabo en Matruchhaya. Parecía un pajarillo recién caído del nido. Muy delgada, con el pelo corto, gafas, y un ojo inflamado, Veronika daba la impresión de estar asustada. A través del ojo sano, observaba atentamente todo lo que ocurría a su alrededor, siempre alerta; pero en todo momento dispuesta a participar en nuestras actividades, de un modo tan sumiso y obediente, que nunca supimos si dibujaba o pintaba por el placer de experimentar con los colores y las formas, o porque eso era lo que le decíamos que tenía que hacer. Era siempre la primera en cumplir lo que se le pedía, ya fuera dibujar, recoger, sentarse para comer, o bailar. Se movía con cierta torpeza, tal vez por sus dificultades de visión, pero parecía que también por su extremada delgadez. En ese momento Veronika, que tenía cinco años de edad, estaba recién llegada de un centro de retrasados mentales que la misma congregación religiosa que regenta Matruchhaya tiene en Ahmedabad. Allí había sido enviada desde el orfanato, por la sospecha de que podía tener algún problema mental pero, después de unos meses, fue devuelta al orfanato asegurando que no observaban en Veronika ninguna deficiencia cognitiva, aunque era evidente cierto retraso en el aprendizaje, probablemente debido a la falta de estímulos.
Por las monjas de Matruchhaya supe que Veronika había sido entregada al orfanato por su propia madre, en un estado realmente penoso. La mujer contó que hacía tiempo que había enviudado, y ante la falta de apoyos familiares, se había visto obligada a trabajar en la construcción para poder sobrevivir. El problema era que, las duras y largas jornadas de trabajo en las obras, acarreando ladrillos, arena o cemento en canastos de mimbre que colgaban sobre su espalda sujetos por la frente, hacían casi imposible, el cuidado y atención de su hija.

Nadie sabe cuánto tiempo permaneció la niña encerrada en la pequeña chabola en que vivían, pasando el día sola, y disfrutando de la compañía de la madre únicamente por la noche, cuando la mujer llegaba extenuada del trabajo, y con urgencia tenía que emplearse en la alimentación y el cuidado de su hija. El caso es que la mujer llegó a la conclusión de que, si prolongaba durante más tiempo esa situación, la vida de su hija peligraba, y entonces decidió hacer lo que hacía tiempo le rondaba por la cabeza, pero nunca había sido capaz de hacer, porque le rompía el corazón: entregar a Veronika a un orfanato. Era natural que en Matruchhaya pensaran que la niña tenía alguna deficiencia psíquica, pues además de su lamentable aspecto físico, Veronika parecía ausente.

El año pasado Veronika iba al mismo colegio que las otras niñas de Matruchhaya pero, hace unos días, he sabido que ahora está escolarizada en un colegio especial para ciegos, porque ya ha perdido completamente la visión del ojo derecho, y del izquierdo le resta tan sólo un veinte por ciento. Me estremece pensar que, a pesar de ello, la niña ha dibujado y pintado, igual que los demás; eso sí, arrimando su ojo izquierdo hasta casi rozar con las gafas el papel.

Obviamente, la hemos ayudadazo a construir su títere, como a la mayoría. Ayer por la tarde, subimos a la azotea de Matruchhaya con varias de las niñas y niños que ya habían terminado su muñeco, con la intención de fotografiarles con su trabajo. Cuando le llegó el turno a Veronika, aparecieron por allí algunas monjas y cuidadoras, que deseaban contemplar cómo se desarrollaba la sesión fotográfica. El caso es que Veronika, obediente como siempre, se había colocado en la posición que le indicamos, con su títere enfundado en su mano derecha. Intimidada por tantas personas que la observábamos, y la pedíamos que sonriera, que mirara a la cámara, que alzara su muñeco; fue languideciendo y agachando cada vez más la cabeza, hasta que vi, que de su único ojo útil caían unas lágrimas. En ese momento, pedí que cesaran todos los requerimientos, le extendí una mano, y Veronika vino a esconderse de tantas miradas a mi lado. Ha sido la primera vez que he visto llorar a Veronika, y han sido sólo unas lágrimas, pero me han dolido especialmente porque me he sentido culpable, por este estúpido afán por fotografiarlo todo, por registrarlo todo para que quede constancia de nuestro trabajo. Me consuela saber que Veronika no me guarda rencor por el mal rato que la he hecho pasar, pues al poco, le arrimé mi mejilla y me dio un beso. Esta es la tercera vez que coincido en Matruchhaya con Veronika, me parece adorable, y empiezo a pensar que no es un pájaro caído del nido, sino más bien un ángel caído del cielo.

Matruchhaya

Noviembre de 2007

Meena

Algunas personas que han pasado estos días por Matruchhaya, han preguntado a las monjas el motivo de nuestra presencia aquí. A todas les han respondido que enseñamos arte a sus niños, pese a lo cual, yo sinceramente pienso que aquí aprendemos mucho más de lo que enseñamos. Meena, en sí misma, es una verdadera lección de actitud positiva ante la vida. Tiene doce años, aunque aparenta menos; es guapa, simpática, inteligente, alegre, cariñosa y atenta. La llevaron al orfanato al poco de nacer, y los padres no se opusieron a firmar inmediatamente la renuncia, para que pudiera ser dada en adopción, caso de que alguien se interesase por ella; cosa que a sus propios progenitores les parecía harto improbable. Meena tiene desviada la columna vertebral. No sé cuál es la denominación médica de su anomalía, pero en términos vulgares se diría que tiene chepa o joroba. Ese fue precisamente el problema que adujeron sus padres para entregarla pues, según ellos, esa tara física haría imposible su casamiento, lo que la privaría de futuro. Pese a ese defecto físico, las monjas de Matruchhaya no descartaban la posibilidad de encontrar alguna pareja dispuesta a adoptarla.

Al cabo de unos años, llegó un expediente de un matrimonio que, en principio, se mostraba dispuesto a adoptar algún menor con alguna discapacidad física moderada, por lo que, la directora del orfanato les envió fotografías y cumplida información de Meena, que ya tendría seis años de edad. El expediente que enviaron incluía un informe médico, con una descripción detallada del problema de la niña, y hasta una radiografía de su espalda. Poco después, la pareja contactó con el orfanato expresando su deseo de adoptar a Meena. La directora les recomendó que viajaran a Matruchhaya para conocer a la niña, y cerciorarse así de su decisión, a lo cual, ellos respondieron que ya estaban absolutamente convencidos y, por tanto, deseaban viajar al orfanato únicamente cuando todo el proceso estuviese concluido, y pudieran recoger a Meena para llevarla a casa.

Transcurrió más de un año hasta que, por fin, un juez indio concedió la tutela de Meena a esos nuevos padres, y las monjas resolvieron los últimos trámites de pasaporte y visado. Meena estaba loca de alegría, ya le habían enseñado una foto de los que pronto serían sus padres. Cuando éstos llegaron al orfanato fueron directamente a ver a la niña. En Matruchhaya, todos esperaban una emotiva escena de besos y abrazos, pero los supuestos padres se detuvieron a dos o tres metros de la niña, y se quedaron observándola muy seriamente. Entonces la directora de Matruchhaya adivinó que algo iba mal, y cogió a Meena de la mano, se la llevó a otro cuarto, y le dijo que se habían equivocado en la elección de los padres.

La monja lo había comprendido todo al instante, no necesitaba palabras, pese a lo cual, la pretendida madre se esforzaba en explicar que, con la información que habían recibido, no se podían imaginar que la desviación de la columna de la niña fuese tan ostensible. El hombre no decía nada, pero tenía el gesto de enfado propio de alguien que se siente estafado. La directora de Matruchhaya se marchó sin pronunciar palabra, y pidió a las otras monjas que llamaran a un taxi y acompañaran a la pareja hasta la salida.
Meena no ha vuelto a tener ocasión de salir en adopción, y ya no tiene edad para ello. Algo así dejaría hundido al más fuerte, y sin embargo, ella parece que se ha repuesto, y quiere contagiarnos a los demás de ánimo y alegría, y eso es lo que realmente me asombra y me maravilla.
Matruchhaya
Noviembre de 2007

La boda

El otro día estuvimos en la boda de Niru, una de las huérfanas de Matruchhaya. Ella y sus hermanas Umma y Guita, se quedaron sin madre cuando Niru, la mayor, tenía cinco años de edad, ahora tiene veintiséis. Como en muchos otros casos que abundan en Matruchhaya, el padre se vio obligado a entregar a sus tres hijas al orfanato, ante la imposibilidad de hacerse cargo de ellas, pero nunca quiso firmar su renuncia para que pudieran ser dadas en adopción. Según me cuenta la monja que dirige Matruchhaya, el hombre murió varios años después, y ella misma acudió con las tres niñas a su ritual funerario hinduista. Entonces se dio cuenta de lo extremadamente pobre que había sido ese hombre: vivía en una diminuta chabola, de no más de cuatro metros cuadrados, sin tejado. Desde ese momento, las niñas eran completamente huérfanas, pero el hecho de que fueran tres, y que la mayor pasara ya de los nueve años de edad, hizo imposible encontrar unos padres adoptivos para ellas.
Niru estudió enfermería, y encontró trabajo en un hospital de Ahmedabad. Solucionado el aspecto laboral, en Matruchhaya empezó a preocuparles su casamiento, y comenzaron a valorar distintas posibilidades hasta que se decidieron por Deepak, uno de los pretendientes. La novia era muy mayor, para lo que viene siendo habitual en India, pero él lo era aun más, tiene treinta años, y según me dice la monja que dirige Matruchhaya, no se ha casado todavía, a pesar de tener trabajo y una buena familia, porque tiene un pequeño problema en la piel de uno de sus brazos, a la altura del codo, una falta de pigmentación que se puede ir extendiendo por otras áreas del cuerpo. En España he visto algunas personas con este problema, que

denominan vitíligo y, según tengo entendido, no tiene repercusiones más que de índole estética; pero aquí lo llaman lepra blanca, y la sola mención de esa palabra ya asusta, y disuade a las familias de posibles novias.

La directora de Matruchhaya, que ha ejercido el rol de padre y madre de la novia en la negociación matrimonial, entendió que ese defecto en la piel no era importante, y además no sería hereditario, al menos en la primera generación, por ello aceptó el ofrecimiento. Pese a que lo previo era la negociación, y el acuerdo entre ambas familias, Niru tuvo ocasión de conocer y dialogar con el pretendiente, en varias ocasiones, antes de la boda, y dio su consentimiento al enlace. No es un casamiento por amor, pero aquí todos están convencidos de que el amor llegará tras la boda, con el mutuo conocimiento. En India la gente no cree en el matrimonio por amor, pues consideran que el enamoramiento, la mayoría de las veces, es un sentimiento pasajero, y por lo tanto, nada fiable para fundar una institución como el matrimonio, que ante todo ha de ser estable y duradera. En el matrimonio concertado, los familiares de los contrayentes tendrán en cuenta aspectos importantes para la futura convivencia, cuestiones que probablemente los novios pasarían por alto al dejarse llevar únicamente por el amor. Además, sólo aceptando la mediación de los padres, tendrán los contrayentes garantizado el apoyo familiar.

Los preparativos de la boda duraron varias jornadas. Tres días antes del evento, un grupo de señoras, familia del novio, más algunas mujeres relacionadas con Matruchhaya, se congregaron en la casa de la novia, en este caso, el salón principal del orfanato, y cubrieron cara, brazos y pies de Niru con una pasta del color del azafrán, para que su piel estuviera limpia y luminosa el día de la boda. También nosotros, y todos los habitantes del orfanato, fuimos invitados a esa ceremonia. Lo curioso es que durante la unción, las mujeres no pararon de cantar. No entendimos ni una palabra, pero debían de ser estribillos satíricos que una inventaba y el resto repetía a coro, supusimos que ridiculizando a los hombres, porque a menudo se dirigían personalmente hacia alguno de los pocos varones allí presentes, y después de la ocurrente copla, estallaban las carcajadas. Sabedoras de nuestro nulo entendimiento del gujarati, a nosotros nos dejaron al margen. La noche siguiente, se volvieron a congregar numerosas mujeres en el salón principal de Matruchhaya, esta vez para bailar. El día previo al acontecimiento, una mujer decoró brazos y pies de la novia con motivos vegetales dibujados con gena.

Finalmente la boda se celebró, con gran afluencia de público, en una iglesia católica de Nadiad, y tras la ceremonia, nos reunimos para comer todos juntos en un local preparado para estos

eventos. Guita y Umma lloraron en el momento de la despedida de su hermana, pero la directora de Matruchhaya sonreía alegre, con expresión de satisfacción.

Matruchhaya

Noviembre de 2007

El grupo

Habitualmente, los grupos de trabajo en las distintas ediciones de los proyectos que llevamos a cabo en orfanatos, los formamos seleccionando a los alumnos, de la Facultad de Bellas Artes, que consideramos más apropiados para cada caso. Su nivel de inglés, para los proyectos de India y Nepal, su experiencia en el terreno del voluntariado, o en el trabajo con niños, y sus conocimientos de dibujo, pintura, escultura, fotografía o video, son aspectos determinantes en su selección; pero cuando estoy en el orfanato conviviendo con ellos, me doy cuenta de que lo más importante es su calidad humana, mucho más que todo lo anterior, y eso difícilmente se puede evaluar con anterioridad al desarrollo de la acción.

El equipo de este año de Matruchhaya es excepcional. Samuel es un alumno que, cursando el segundo año de la licenciatura, me presentó un proyecto que titulaba "Títeres en Matruchhaya". Había visto la exposición de fotografías que habitualmente hacemos en la Facultad, y en ese momento pensó que le gustaría participar en la siguiente edición. No me conocía de nada, ni siquiera era alumno mío, como muchos otros que se han ofrecido para participar en estas iniciativas, pero él, a diferencia de los demás, proponía una actividad muy específica, en la que ya tenía experiencia. Entonces teníamos cerrado el grupo de 2006, y diseñadas las actividades, pero guardamos su propuesta, y la tuvimos en cuenta para esta edición. Laura formó parte del grupo de trabajo de Bal Mandir 2006. Su labor con los niños, organizando juegos, bailes y todo tipo de actividades, fue tan intensa y enriquecedora, que pensamos que los niños de Matruchhaya estarían encantados de compartir sus vacaciones del Diwali con una persona como ella. También con Arturo íbamos sobre seguro, pues había participado en otros proyectos. Su excelente nivel de inglés, y sus amplios conocimientos de video y fotografía, le hacen particularmente valioso para este tipo de trabajos. Pero además, tanto Arturo, como Laura y Samuel, son personas que se vuelcan con todos los niños, sin preferencias ni favoritismos, dando más a los que más necesitan. La cuarta persona que me acompaña en este proyecto es una profesora de mi departamento de Escultura llamada Consuelo.

La esclerosis múltiple que padezco es una enfermedad neurológica, crónica y degenerativa, y aunque soy muy optimista con respecto a su lenta progresión, lo cierto es que no puedo estar seguro de cuánto tiempo podré continuar al frente de estos proyectos. Bien es cierto que mi actividad física en ellos es muy reducida, el trabajo directo y los juegos son cosa de los que me acompañan. En la mayoría de las ocasiones, yo me tengo que limitar a programar, observar, opinar, conversar y procurar un buen ambiente de trabajo. Los sitios en los que trabajamos no están en absoluto preparados para personas con movilidad reducida, ni los orfanatos, ni las ciudades donde éstos se ubican; por eso sé que un empeoramiento en la evolución de mi enfermedad podría hacer inviable mi presencia en estos lugares.

Como eso es algo difícil de prever, este año he considerado que lo más prudente sería implicar a algún profesor de mi Facultad en estas acciones, por si algún día me tienen que dar relevo. Visto el comportamiento de Consuelo, ahora estoy seguro de que el proyecto de Matruchhaya podría continuar sin mí. Se ha implicado más allá de lo imaginable, pero además se ha enamorado de todos los niños y niñas del orfanato, y esa para mi es la mejor garantía de continuidad.

Matruchhaya

Noviembre de 2007

John

John nació hace algo más de cuatro años, con una lesión cerebral que le ha dejado con muy poca movilidad. Habitualmente está sentado en un carrito de bebé, desde donde lo contempla todo, pero a veces le ponen en el suelo del salón de Matruchhaya, sobre una manta, para facilitar su relación con los otros niños. Sus padres le trajeron a Matruchhaya, cuando todavía no tenía un año de edad, desde la vecina región de Maharashtra, acompañados por una monja de esa provincia, de la misma orden religiosa que las hermanas que regentan este orfanato. No tenían medios para cuidar al niño, mucho menos para llevarle al médico, y así averiguar qué tipo de dolencia tenía, y si había posible curación. En Matruchhaya se hicieron cargo de él, y le trasladaron al hospital para que determinaran el origen de su problema.

Las pruebas fueron concluyentes, había una importante lesión cerebral, irreparable; luego, sólo cabía cierta mejoría con ejercicios fisioterapéuticos. Los padres volvieron a visitar a John en Matruchhaya dos veces más, pero el diagnóstico les confirmó lo que ya temían: que no había intervención quirúrgica, ni medicamento, capaz de proporcionar a su hijo una mayor movilidad.

Hace ya un par de años que no aparecen por aquí. Supongo que la contemplación de su hijo en este estado, es tan triste, que preferirán tratar de olvidar.

Varias veces por semana llevan a John al fisioterapeuta. Algunas cuidadoras dicen que no mejora porque no se esfuerza lo suficiente, y ponen como ejemplo a Pratik, otro niño con movilidad reducida que, sin embargo, pone mucho empeño en desplazarse arrastrándose por el suelo del salón, o del patio, hasta donde juegan los otros niños, y en la medida de sus posibilidades, intenta participar en las actividades de los más pequeños. Pratik incluso está empezando a caminar con un andador, algo impensable en John, quien no tiene fuerzas ni para mantenerse erguido cuando le sientan en el suelo con los otros niños. Poco a poco se va encorvando hacia delante, hasta tocar con su rostro en el suelo, entonces, cualquiera de los que está cerca y se percata, vuelve a colocar el tronco y la cabeza del niño derechos, apoyados contra la pared, pero en pocos minutos vuelve a tener la cara sobre el pavimento.

Los niños y niñas de Matruchhaya le tratan con mucho cariño. La verdad es que él se lo gana, porque su principal actividad diaria es observarnos a todos, para cazar alguna mirada que se dirija hacia él, y entonces dedicarle una amplia y preciosa sonrisa. En eso sí que andan prestos sus nervios. Las piernas las tiene casi rígidas, con movimientos espasmódicos involuntarios, y los brazos consigue moverlos, aunque con mucha dificultad; en cambio, no he visto músculos faciales responsables de la sonrisa, tan ágiles como los de John. Las monjas dicen que no habla, pero que lo entiende todo; no obstante, el otro día, que estaba sentado junto a él, le oí decir con bastante claridad: "Laura", el nombre de la alumna que forma parte de nuestro grupo, y ha sido especialmente cariñosa con él. Laura no sólo le devuelve la sonrisa cada vez que cruza su mirada con John, sino que normalmente deja lo que esté haciendo, se acerca rápidamente a él, y le da un montón de besos, que dejan a John con la sonrisa aún más luminosa.

Matruchhaya

Noviembre de 2007

La representación final

Uno de los números del circo que más nos impresionó, a mayores y niños, fue el de un hombre muy flaco que se bebía más de dos litros de agua que contenía una jarra de cristal. Después de vaciarla completamente, empezó a soltar por la boca un fino chorro de agua, como un surtidor, que no cesó hasta tener de nuevo completamente llena la jarra. Tras los aplausos, repitió la operación, pero esta vez, además se bebió un baso de un líquido verde, y luego otro rojo. Hizo

varios movimientos, como para que todo se colocase en su sitio dentro de su estómago, y empezó a rellenar una jarra con agua verde que salía de su boca. La dejo a la mitad, algo más de un litro, y a continuación empezó a llenar otra, pero ahora con agua teñida de rojo.
En la representación final con los títeres de Matruchhaya, tratamos de basarnos en lo que habíamos visto en el circo. Así, por ejemplo, Shusma, escondida en la parte baja del escenario, manipulaba con su brazo derecho un títere que trataba de imitar al regulgitador, el flaco capaz de tragar y expeler gran cantidad de líquido. Otros títeres que manipulaban Meena y Kinnari, le ofrecían unos vasos metálicos de agua, que proporcionalmente a su tamaño, casi parecían cubos. Shusma agarró cada uno de ellos con los dedos pulgar y corazón de su mano derecha, mientras que con el índice movía la cabeza, inclinándola hacia atrás, haciendo como si bebiera todo el agua de los vasos, que después tiró, para que el público pudiese comprobar que los había vaciado. Entonces, con una voz impostada, llamó a los más pequeños para que se acercaran al escenario: Sapana, Chandrika, Anikesh, Pratik... Cuando se arrimaron lo suficiente, el flaco empezó a soltar un chorrillo de agua por la boca que mojó a los pequeños, y les hizo salir corriendo entre gritos y carcajadas. Habíamos metido una goma, de las que se utilizan para el suero, por dentro del cuerpo del títere, hasta la boca; y la habíamos conectado a una enorme jeringuilla.
Un títere domador de elefantes, hizo desfilar bailando a tres paquidermos, en la dirección que él les ordenaba. Cada vez que decía "alehop", los elefantes que habíamos construido con cartulinas, y se manipulaban desde abajo con un palo, cambiaban de sentido. Con otro "alehop", uno de ellos se subió, de un salto, a los lomos de los otros dos; otro "alehop", y los tres formaron una torre vertical. A la orden del domador, se bajaron y salieron del escenario bailando, precedidos del domador que reclamaba los aplausos del público y saludaba con los brazos. Todo ello estaba acompañado por una formidable música que los hermanos Naresh, Doxa y Monisha tocaban en directo, con un pequeño órgano llamado harmonio, dos tambores indios llamados tabla, campanas, timbales y alguna flauta.
También tuvimos un encantador de serpientes; y unos payasos que se pegaban porrazos en el escenario, y cuando un tercero intentó separarles, y convencerles de que fueran amigos, se liaron a golpes con él.
Un malabarista hacía bailar en el aire hasta cinco bolas a la vez. El títere agitaba sus brazos cada vez a más velocidad, al tiempo que la música iba acelerando su ritmo; mientras, tres niñas manipulaban las cinco pelotas que habíamos ensartado con una fina barrilla pintada de negro. El efecto visual era como si, efectivamente, el títere hiciera los malabares. Llegado un

punto en que las bolas giraban a gran velocidad en torno al títere, se produjo un colapso y una de las bolas golpeó la cabeza del malabarista, y a continuación todas las demás.
Un equilibrista logró mantener en su cabeza hasta tres tazas de café con sus correspondientes platillos. Ante los aplausos del público, el equilibrista trató de devolver un amable saludo haciendo una reverencia con la cabeza, y todas las tazas y platillos, de cartulina, cayeron al suelo, con gran estruendo creado por los músicos.
Los más pequeños, como Chandrika, Supona, Mitava, Veronika o Krunaly, y algunos discapacitados, como Jon, Pratik o Avinash, en lugar de hacer un número circense, abrieron el espectáculo con un desfile en el que cada cual hacía bailar a su títere, al tiempo que también ellos danzaban. Rodearon el escenario, John en su carrito, saludaron al público, y se sentaron en el suelo en la zona más cercana al escenario, para no perderse detalle.
Aunque con ciertas improvisaciones, todo ha salido muy bien, y los niños han participado, han disfrutado y se han reído a carcajadas. En realidad, ese ha sido nuestro objetivo principal en este proyecto: antes que la calidad del producto artístico acabado, buscábamos el deleite de los niños y niñas de Matruchhaya. Por eso, además de dibujar, pintar y construir los títeres, hemos dedicado mucho tiempo a jugar y bailar. El juego es una herramienta formidable que nos ha servido para conocernos mejor, para romper las barreras que impone la timidez, para reforzar la autoestima de los menores, para relacionarnos mejor con el grupo, pero sobre todo, para divertirnos, y hacer de estas cuatro semanas un tiempo excepcional de esparcimiento, alegría y felicidad.
Matruchhaya
Noviembre de 2007

Sarita

Sarita es una niña de 15 años de edad, con un coraje y una determinación fuera de lo común. Desde muy pequeña vive en Bal Mandir, el orfanato estatal de Kathmandu con el que hemos trabajado ya en dos ocasiones. Tiene madre, del padre no me ha contado nada. Varias veces me ha dicho que el error de su madre fue traer al mundo cuatro hijos, más de los que con sus limitados recursos podía atender. Cuando las cosas fueron mal, la madre se quedó con los dos mayores, y dio a los menores al orfanato. Desde entonces, Sarita y su hermano pequeño han recibido la visita de su madre una o dos veces al año.
Sarita es muy comunicativa y alegre, le gusta cantar y bailar, lo que hace muy bien, pero parece extremadamente responsable para su edad. Como muchas otras niñas y niños de Bal

Mandir, tiene claro que tendrá que luchar muy duro para salir adelante. Sorprende lo consciente que es de los problemas que aquejan a Nepal, afirma que la corrupción es la principal lacra, y se lamenta de que los políticos no sean capaces de sacar al país de su pobreza. No se explica que sus vecinos India y China estén experimentando ese espectacular crecimiento económico, y en cambio Nepal, en medio de esos dos gigantes, esté cada día más hundido. En 2006, cuando la conocimos, nos dijo que de mayor le gustaría ser presentadora, aunque señaló que también le gustaba la política, dicho lo cual afirmó sonriendo que le gustaría ser Primera Ministra de Nepal.

Había acudido a Bal Mandir con un grupo de alumnos de mi Facultad de Bellas Artes, para desarrollar con sus menores distintas actividades lúdicas y creativas. Éramos conscientes de que ese orfanato tenía serias dificultades en cuestiones básicas como la alimentación o la atención médica, pese a lo cual, consideramos que nuestro trabajo allí, durante su periodo vacacional del Dashain, podría tener sentido. Transformamos el aspecto del patio central con una pintura mural en la que participaron numerosos niños y niñas; pero además, creo que les llevamos un poco de alegría, algo de lo que también estaban muy necesitados. Regresamos sólo parcialmente satisfechos, porque no podíamos quitarnos de la cabeza la difícil situación en la que les dejábamos. Por eso, hicimos todo lo posible para regresar el año siguiente, y en esa ocasión tratamos de extender nuestra ayuda a otros ámbitos. Conseguimos dinero para comprar ropa y medicamentos, pero también nos atrevimos a diseñar un programa de becas para intentar financiar los estudios de algunos niños y niñas de Bal Mandir, que fueran buenos estudiantes, y no pudieran continuarlos por falta de apoyo económico.

Sarita se adelantó a nuestras intenciones. Antes de saber nuestro propósito, nos solicitó ayuda económica para poder estudiar en el Brishapati, un prestigioso colegio privado, con residencia para sus alumnos. Los menores de Bal Mandir están escolarizados en diferentes colegios de los alrededores, y regresan cada día al orfanato tras finalizar las clases. Cuando le expliqué a Sarita que nuestra idea consistía en financiar los estudios de niños o niñas que, por cumplir los 18 años de edad, quedaran sin el amparo estatal, Sarita opinó que si esperábamos a esa edad, probablemente perdería opciones para estudiar en algunas universidades. Sarita decía que su rendimiento académico podría mejorar sensiblemente si consiguiéramos escolarizarla en el Brishapati, no sólo por la calidad del colegio, sino también por el ambiente de estudio que allí podía encontrar, en el internado, fuera de las horas de clase, que desde luego no tenía en Bal Mandir.

Hablé con el director del orfanato, quien confirmó que Sarita era muy buena estudiante, y que no le faltaba razón en cuanto a la conveniencia de apoyar a los buenos estudiantes antes de la mayoría de edad para tener más garantías de éxito. Entonces él mismo dirigió nuestra atención hacia Sudip, un niño de 11 años de edad, muy buen estudiante, en el que ya nos habíamos fijado por su talento para el dibujo. De este modo, decidimos que nuestros cuatro candidatos para iniciar el programa de becas serían Sudip, Sarita, Bharat, de 18 años, y Narendra, también de 18. Con ayuda del director, y de algunos buenos amigos de Kathmandu, calculamos que cada curso escolar de Sudip o Sarita en el Brishapati costaría unos mil doscientos euros, lo que incluía todos los gastos de colegio, alojamiento y manutención. Los estudios en una buena universidad, más los gastos de alojamiento y manutención, para el caso de Bharat y Narendra, podrían ascender a los dos mil euros al año. Bharat afirmaba que le gustaría estudiar Medicina, pero no estaba seguro de que su expediente académico se lo permitiese; no obstante, tanto él como Narendra, debían de esperar a una especie de examen de selectividad que harán próximamente, para saber qué pueden estudiar. Esto daba la razón a Sarita, tal vez, si se hubiera invertido antes en la educación de estos chicos, ahora tendrían mayores posibilidades de elegir universidad y carrera.

Antes de regresar a España hablé con el director de Bal Mandir, y le dije que me esforzaría en encontrar el dinero necesario para financiar los estudios de estos cuatro niños, pero también le dije que los trámites para el cambio de colegio de Sarita debía iniciarlos ya, porque en ese caso, si no encontraba ayuda externa, mi mujer y yo estábamos dispuestos a poner el dinero de nuestro bolsillo. Quise que Sarita me acompañara a esa entrevista, y ello sirvió, tal y como sospechaba, para que ella misma se preocupara de que efectivamente se hacían todas las gestiones necesarias para el cambio. En España recibí un correo del director de Bal Mandir diciéndome que Sarita acudía todos los días a su despacho para preguntar cómo iba lo suyo.

–Imposible cambiar al Brishapati –le dijo un día. –Tendremos que pensar en otro colegio, porque en ese no admiten alumnos en noveno ni en décimo curso, por ser los cursos terminales.

Entonces Sarita, que había elegido a conciencia el Brishapati, sugirió al director que tratara de hacer el cambio de colegio a mitad de curso, de ese modo ingresaría en octavo. El director de Bal Mandir se puso de nuevo en contacto con el director del Brishpati, y éste le dijo que para ello sería necesaria la autorización del inspector educativo y aprobar un examen de nivel. Por correo electrónico reiteré al director de Bal Mandir nuestro apoyo a Sarita, y en poco tiempo consiguieron el permiso del inspector y Sarita aprobó el examen de ingreso, de modo que el

siguiente correo del director de Bal Mandir, poco antes de las navidades, me comunicaba que Sarita ya había ingresado en el Brishapati, y sólo regresaría al orfanato en los periodos vacacionales.

En España tenemos amigos que nos han apoyado en estas iniciativas desde el inicio. Uno de ellos nos entregó el año pasado treinta y seis mil euros, para que nosotros mismos se los diéramos a las monjas que dirigen el orfanato de India con el que venimos trabajando desde hace cuatro años. Únicamente nos pedía que ese dinero se emplease directamente en mejorar las condiciones de vida de las niñas y niños que viven en el orfanato. Abusando de su generosidad, en esta ocasión le pedí que nos ayudara a poner en marcha este programa de becas. No le solicitábamos que asumiera personalmente la responsabilidad de los estudios de esos cuatro niños, sino que pusiera a nuestra disposición una cantidad que permitiera iniciar esta idea. Nos dio seis mil quinientos euros. Con ese dinero ya hemos pagado el próximo curso de Sarita y Sudip, y podemos hacer frente a los gastos de Bharat y Narendra cuando nos comuniquen qué desean estudiar, pese a lo cual, queremos encontrar patrocinadores para cada uno de ellos, y dejar ese dinero como garantía de continuidad, e incluso para tratar de extender las becas a otros niños o niñas de Bal Mandir.

El viernes 18 de enero acudí a Cabezón de la Sal, el pueblo en el que hace veintiún años me inicié como profesor de secundaria. Me invitaron para que, por la mañana, contara a los alumnos del Instituto los proyectos que estamos llevando a cabo en distintos orfanatos, y por la tarde hablara de eso mismo, en la Casa de Cultura del pueblo. Cuatrocientos cincuenta alumnos de todos los niveles de secundaria, repartidos en tres turnos, me escucharon con mucho interés; y por la tarde se llenó el salón de actos de la Casa de Cultura. El director del Instituto, los profesores y la asociación de padres, me dijeron que deseaban hacerse cargo de los estudios de Sudip, pero querían buscar el modo de implicar lo más posible a los propios alumnos. Por la tarde, tras terminar la charla de la Casa de Cultura, una mujer se acercó a mí para decirme que ella patrocinaría los estudios de Sarita.

Recuerdo que cuando empezamos a hablar de esto, uno de los alumnos que me ha ayudado a diseñar este humilde programa de becas me dijo: “si logramos hacer realidad esta idea, probablemente sea una de las cosas más importantes que hayamos hecho en la vida”. Yo estuve de acuerdo.

Madrid

Enero de 2008

Sudip

La vida en Bal Mandir es muy dura, tanto para las niñas como para los niños, y el futuro es muy incierto para todos ellos. Es verdad que una niña que se vea en la calle al cumplir la mayoría de edad, lo tiene más difícil que un niño, pero existe una asociación holandesa NGCC (Nepali Girl Care Centre) que trata de ayudar a las niñas de Bal Mandir (sólo niñas, y sólo entre tres y cinco cada año). En cambio, los niños no tienen ningún apoyo, no existe una asociación similar para ellos. Además, los niños están obligados a abandonar Bal Mandir Naxal (el orfanato central) a los once años. Aunque nadie lo dice claramente, pensamos que es para evitar embarazos. Les envían a dos sucursales de Bal Mandir que visitamos el año pasado: dos orfanatos, sólo para chicos, situados en zonas montañosas muy alejadas de Kathmandu. Nos dio la impresión de que los niños allí estaban como en prisión. En Bal Mandir Naxal hay suciedad y desorden, pero los menores tienen cierta libertad de movimientos; en cambio, allí parecían totalmente cohibidos. Algunos de ellos, que conocíamos del año anterior, apenas nos saludaron, y cuando tuvimos ocasión de hablar brevemente a solas con ellos, nos confirmaron que estaban bajo una disciplina férrea. Echaban de menos Bal Mandir, lo cual resultaba asombroso, después de conocer las condiciones de vida del orfanato que añoraban.

Sudip Magar, un niño de Bal Mandir de once años de edad, como muchos otros, tendría que incorporarse al terminar este curso, a alguna de esas dos sucursales de Bal Mandir. Desde que estuvimos allí por primera vez, en 2006, establecimos una relación muy especial con él, en primer lugar porque hablaba muy bien en inglés, lo cual nos resultaba sorprendente para su edad, ya que lo que sabe lo ha aprendido en la escuela. Claro que Sudip, como otros niños y niñas de Bal Mandir, afirma que le gusta mucho ir al colegio. Pero además, por algún motivo Sudip se sentía como si fuera nuestro anfitrión, por eso se empeñó en enseñarnos todos los rincones del orfanato, lo que nos había mostrado ya el director, y muchos otros lugares que el gobernante había eludido en la visita protocolaria. Pronto nos dimos cuenta de que el resto de niñas y niños de Bal Mandir trataban con mucho cariño a Sudip. También él era amable y cariñoso con todos.

Él no nos ha pedido, como Sarita, que le ayudemos económicamente para ir a un buen colegio, entre otras cosas, porque desconoce el lugar al que envían a los niños antes de iniciar la pubertad. Una de las cualidades más sorprendentes de Sudip, quizás un signo más de su inteligencia, es lo bien que dibuja. El director de Bal Mandir está de acuerdo en que es uno de los niños más brillantes del orfanato, y piensa que, si le becamos, su ejemplo puede estimular a otros niños.

Entendiendo que sería posible encontrar apoyo para financiar también los estudios de Sudip, y viendo que contaba con el visto bueno del director del orfanato, nos adelantamos, e hicimos una transferencia bancaria para que también él pudiera estudiar y alojarse en el Brishapati, el mismo colegio que había elegido Sarita, el próximo curso, que se iniciará en breve. Ambos tendrán que regresar al orfanato únicamente en los periodos vacacionales, y el director debe de haber buscado ya algún alojamiento para Sudip en vacaciones, en el propio orfanato, pero prudentemente alejado de las chicas.

En Matruchhaya, durante las cuatro semanas que dura cada proyecto, vivimos en el propio orfanato, comemos y dormimos en el mismo edificio que los niños, pero en Bal Mandir eso es imposible. El propio director del orfanato nos intentó disuadir de esa idea previa en nuestra primera visita. Recuerdo que le dijimos que no somos gente remilgada, pero él nos dijo claramente que Bal Mandir no reunía las condiciones mínimas ni para el alojamiento ni para la comida nuestra. Yo me quedé con las ganas de decirle que si aquello no era adecuado para nosotros, tampoco lo sería para los niños; pero pronto comprendí que la diferencia radicaba en que aquellos menores habían vivido siempre en esa situación, o peor; y efectivamente, nosotros probablemente no resistiríamos ni una semana viviendo allí. Por eso cuando trabajamos en Bal Mandir, salimos a comer fuera al medio día, y regresamos cada noche a dormir a un par de apartamentos que alquilamos, no muy lejos del orfanato.

Durante nuestra última estancia en Kathmandu enseguida adoptamos la costumbre de llevar con nosotros a comer cada día a unos tres niños o niñas de los mayores. Siempre invitábamos a niños o niñas diferentes, de modo que todos los que superaban los diez u once años de edad, vinieron en alguna ocasión a comer con nosotros. Pero el juego consistía en que lo hacíamos en secreto; aunque por supuesto, pedíamos permiso a la Mother House (la jefa de las cuidadoras). Les decíamos que en dos o tres minutos nos encontrábamos en la puerta del orfanato, y que tenían que salir sin que el resto lo percibiese. De ese modo se creaba una formidable complicidad con cada niño o niña de Bal Mandir que había salido en secreto con nosotros a comer. En realidad el restaurante al que acudíamos estaba muy cerca del orfanato, y no era nada del otro mundo, pero a ellos les parecía una aventura. Recuerdo que le día que vino a comer con nosotros Sudip, que se sentó a mi lado, pidió un plato a base de espaguetis o fideos fritos con verduras de todo tipo. Yo pedí eso mismo, pero con trocitos de pollo también. Entonces le dije que por qué no aprovechaba para comer algo de carne, ya que en Bal Mandir prácticamente ni la ven. Sudip me respondió que era vegetariano, algo muy normal en India o Nepal, pero lo sorprendente es que añadió que era vegetariano porque era cristiano.

-Yo también soy cristiano, y no soy vegetariano – le dije.
-Pero es que yo he estado investigando, y he llegado a la conclusión de que Jesucristo debía de ser vegetariano, porque amaba a todos los seres vivos –me respondió sin dejar de sonreír.
Yo me quedé pensativo y finalmente le dije –pero si has leído el milagro de la multiplicación de los panes y los peces, lo hace para ofrecer comida a los presentes.
-En ese caso dejaré de ser vegetariano –afirmo Sudip tranquilamente después de una pausa para la reflexión.
-Si quieres te cambio mi plato por el tuyo –le ofrecí yo.
-No gracias, dejaré de ser vegetariano a partir de mañana –dijo Sudip.
Ahora sabemos que los gastos de Sudip del próximo curso los costearan los alumnos y alumnas del Instituto de Enseñanza Secundaria "Valle del Saja" de Cabezón de la Sal, el lugar a donde llevaremos las 96 fotografías que ahora exponemos en la Facultad de Bellas Artes de Madrid. Nuestros amigos de allí nos dicen que los chavales han ideado todo tipo de recursos para obtener los 1.133 euros que costará el colegio de Sudip en régimen de internado. Cuando en enero estuve hablándoles del trabajo que realizamos en los orfanatos, me paré un momento a observar sus miradas, y en ese instante tuve la certeza de que si hubiese pedido voluntarios para venir conmigo a alguno de los orfanatos, se hubieran ofrecido sin pensárselo más de cien, y estoy seguro que se entregarían al trabajo en cuerpo y alma, como lo hacen los alumnos de mi Facultad que me acompañan; por eso pienso que a menudo somos injustos al juzgar a nuestros jóvenes, y tacharlos de egoístas e insolidarios, pienso que lo único que necesitan es una buena causa por la que luchar. Lamento no poder llevar conmigo a cada proyecto a cien o doscientos de estos adolescentes, pero pienso que lo que ellos han empezado a hacer en Cabezón de la Sal por Sudip, un niño al que ni siquiera conocen, tiene un enorme valor, y los mayores se lo debemos reconocer.
Madrid
Abril de 2008